

CAPITULO XV.

MENORCA.—GIBRALTAR.

FIN DE LA GUERRA.

De 1781 á 1783.

Resuélvese la reconquista de Menorca.—Admirable secreto con que se preparó y condujo la empresa.—Parten de Cádiz las escuadras francesa y española reunidas.—Lleva el mando en gefe el duque de Crillon.—Sobresalto de los ingleses, y regocijo de los naturales.—Bloqueo del castillo de San Felipe.—Conducta heroica de Crillon.—Firmeza y pundonor del gobernador Murray.—Ataque á la plaza con ciento once cañones y treinta y tres morteros.—Rendicion de la plaza y castillo.—Capitulacion honrosa.—Vuelve toda la isla al dominio de España.—Recompensa.—Conviértese en sitio el bloqueo de Gibraltar.—Planes diversos, y extravagantes invenciones para rendirla.—Son desechados.—Se adopta el famoso proyecto de *las baterías flotantes* de Mr. d'Arzon.—Descripcion de estos navíos mónstruos.—Ejército de cuarenta mil hombres en el campo de San Roque.—Obras admirables de ataque y defensa.—Curiosidad y ansiedad pública.—Espectacion de toda Europa.—Pónense en juego con soberbio aparato las baterías flotantes.—Horrible estruendo causado por cuatrocientas piezas de grueso calibre disparadas á un tiempo.—Incéndianse las flotantes.—Noche funesta y terrible.—Malógrase la empresa naval.—Continuacion del sitio.—Contratiempo de la escuadra española.—Llegada y maniobras de la escuadra inglesa.—Introduce socorros en la plaza.—Combate, y se salva de las escuadras combinadas.—Proyecto de minar el Peñon.—Nuevas negociaciones para la paz.—

Cambio en el ministerio inglés.—Agentes británicos en París.—Conducta del gobierno francés.—Condiciones que exigia España.—Modifica sus proposiciones.—Frústranse sus esperanzas de la restitucion de Gibraltar.—Prepárase una formidable expedicion contra Jamáica.—Se firman los preliminares para la paz.—Adhesion del gobierno español.—Desapruebalos el parlamento británico.—Ministerio Fox.—Se ajusta el tratado definitivo de paz.—Sus principales capítulos.—Ventajas que reportó España.—Fin de la guerra.—Conducta del ministro Floridablanca.

Sucesos de grande interés para España se realizaron en la campaña que siguió á estas negociaciones. Inglaterra, comprendiendo la desventajosa situacion del aislamiento en que la neutralidad armada la habia colocado, hizo nuevos esfuerzos por granjearse la amistad de la emperatriz de Rusia halagando su pasion marítima y mercantil. En estos tratos, y como precio de su mediacion para la paz volvió á jugar la cesion de la isla de Menorca, tan codiciada de Catalina II. como tan conveniente á sus designios. Aunque conducido este proyecto con la posible reserva, no se ocultó á la vigilancia y á la sagacidad del conde de Floridablanca, y desde entonces concibió el pensamiento de apresurar la reconquista de aquella isla, que era al propio tiempo asilo de corsarios, único refugio de los buques ingleses en el Mediterráneo, y peligroso cebo para apartar á Rusia de la amistad de España, y moverla cuando menos á abandonar la neutralidad.

Por muerte del ministro de la Guerra conde de Riquelme, y aunque encomendado interinamente este mi-

nisterio al de Gausa, los negocios de gravedad á él pertenecientes corrian á la sazón á cargo de Floridablanca por disposición y mandato espreso del rey (1). Esto le facilitó los medios de preparar con todo sigilo su proyectada empresa de apoderarse de Menorca, que el monarca aprobó, resuelto como estaba á no arriesgar más sus fuerzas marítimas en las costas de Inglaterra. De dos cosas hacia depender aquel hábil ministro el buen éxito de su idea: de hacer los preparativos de la expedición con tales precauciones y tal disimulo que nadie imaginára su verdadero designio, y de asegurarse de las buenas disposiciones de los naturales de la isla en favor de España, para no contar al tiempo del desembarco mas enemigos que las tropas de la guarnición. Uno y otro requería gran discreción y pulso. Túvose Floridablanca en enviar á la isla para explorar los ánimos de los naturales al marqués de Söllerich, persona de grande influencia en ella, el cual desempeñó felizmente su delicada comisión, con la satisfacción de poder asegurar al ministro de Carlos III. que aquellos isleños continuaban siendo amigos de España y de su soberano, no pudiendo nunca olvidar que habían sido españoles.

Diffícil era guardar secreto en los preparativos. Sin embargo, aunque se veía reunirse naves y tropas en Cádiz, como que estaba pendiente el bloqueo de Gi-

(1) Memoria de Floridablanca.

braltar, todo el mundo atribuía la reunión de aquellas fuerzas al pensamiento de convertir en sitio formal el bloqueo, ó sospechábase cuando más alguna expedición á las Indias Occidentales. Nadie se fijaba en Menorca, pues no se observaba movimiento alguno ni en Barcelona, ni en Alicante, ni en Cartagena, puertos fronterizos á aquella; además que Mahon y su castillo eran mirados como inespugnables. De esta manera consiguió Floridablanca deslumbrar á todos, no estando en el secreto sino el rey, el príncipe de Asturias, y el duque de Crillon, teniente general francés al servicio de España, acreditado en las campañas de Italia, á quien confió el mando de las tropas de la expedición.

Ni al gobierno francés mismo se dió conocimiento del plan, habiendo de concurrir á su realización sus navíos y sus soldados. Hé aquí lo que respecto á este particular nos ha dejado dicho el ministro español en su Memoria: «Aunque la Francia mostró algun resentimiento del secreto que se guardó, se consiguió aplacarla, recordando habersele dicho que veríamos lo que podríamos hacer en el Mediterráneo, lo cual »pendía de muchos accidentes que no se podían pre- »veer ó adivinar. En efecto, V. M. sabe que no teníamos desconfianza de nuestro aliado, sino de las muchas manos por las cuales debía pasar el secreto si »lo comunicábamos. En fin, la Francia no solamente »se aquietó con mis oficios practicados con su embajador, sino que nos envió dos mil hombres á Menor-

»ca, los cuales servian á lo menos para guardar los
»puestos que nuestras pocas tropas no podian cu-
»brir.»

Partieron pues de Cádiz las dos escuadras reunidas, francesa y española (23 de julio, 1781), compuestas de cincuenta y dos velas, y escoltadas por dos navíos de línea, dos fragatas y varios otros buques de guerra, llevando á bordo ocho mil hombres de tropa, sin que nadie hubiera penetrado el de aquella expedición misteriosa. Y aunque los vientos impidieron á Crillon ejecutar de lleno el plan que llevaba meditado, todavía logró saltar á tierra sin obstáculo en la playa de la mezquita (19 de agosto, 1781), y avanzar con tres mil quinientos hombres sobre Mahon, obligando á los sobrecogidos ingleses á encerrarse en el castillo de San Felipe. El marqués de Peñafiel y don Ventura Caro se apoderaron del fuerte de Fornell y de la ciudadela. Los habitantes mostraron la mayor alegría, apresurándose á prestar el juramento de fidelidad al rey de España, y Crillon á nombre del rey Católico declaraba restablecidos los privilegios de que habian gozado ántes aquellos insulares.

Aunque reducidos los ingleses al castillo de San Felipe, la naturaleza de aquella expedición habia hecho que faltaran muchas de las cosas mas precisas para ponerle un sitio formal, de modo que se limitó la operación á un bloqueo por espacio de algunos meses; y en tanto que llegaron artillería y pertrechos de Carta-

gena y Barcelona, y los refuerzos que de Tolon envió el rey Luis XVI., eran ya principios de diciembre cuando se comenzó á levantar las baterías. Gala de arrojo hizo el intrépido Crillon subiendo á plantar por su mano la bandera española en la torre de las Señales; y el ejemplo del valeroso general francés no fué perdido para los soldados, pues cuando se trató de crear una compañía denominada de Voluntarios de Crillon para colocarla en el puesto del mayor peligro, todos se disputaban el honor de ser inscritos en ella, y fué menester, para evitar altercados y piques, que el gefe resolviera escogerlos y nombrarlos por sí mismo. Lástima que Crillon empañara el lustre de su heroica conducta en esta empresa con un lunar que desdice de la grandeza de su ánimo. Hablamos del hecho que un historiador afirma, de haber intentado hacer flaquear la fidelidad del general inglés Murray, gobernador del castillo, prometiéndole por la entrega de la plaza una recompensa de quinientos mil pesos, y un alto puesto en el ejército español ó francés, á lo cual dió el pundonoroso general británico la siguiente digna y vigorosa respuesta:

«Cuando vuestro valiente abuelo recibió la orden de su soberano para asesinar al duque de Guisa, dió la respuesta que vos hubiérais dado si el rey de España os hubiera encargado asesinar á un hombre cuyo nacimiento es tan ilustre como el vuestro, ó como el del duque de Guisa. Con vos no puedo yo tener tratos sino

con las armas en la mano. Si abrigais sentimientos de humanidad, enviad vestidos para los miserables prisioneros que tengo en mi poder; que los dejen en un punto apartado, y yo enviaré á buscarlos, porque en lo sucesivo no consentiré mas relaciones con vos que las mas estrictas que imponen los deberes de la guerra.»—Como hombre de honor le contestó Crillon diciendo: «Vuestra carta nos deja á cada uno en su lugar, y fortifica la estimacion con que siempre os he mirado; acepto con gozo vuestra proposicion.»—Vemos luego cómo el general francés desagrávió con usura al gobernador británico con su generoso comportamiento de la ofensa que ántes le hubiera inferido con una proposicion vituperable entre soldados de honra.

Estrechábase y se apretaba de cada dia mas el cerco, y entre los contratiempos de los sitiados no fué el menor el estrago que comenzó á hacer el escorbuto en la ya poco numerosa tropa de la guarnicion, á causa de la falta de alimentos frescos, y del aire enfermizo de las casamatas. En tal estado el dia 6 de enero (1782) quiso Crillon solemnizar el aniversario del nacimiento del delfin de Francia, habiendo jugar contra el castillo de San Felipe ciento once cañones y treinta y tres morteros, que atronaban la isla y arruinaban las fortificaciones. Por bastantes dias sostuvo todavía la guarnicion una defensa vigorosa, y Murray en medio de la desolacion que le rodeaba conservó su heroica serenidad, alentaba á todos, y se mantuvo á la altura de la

reputacion militar de que ya gozaba. Mas llegó á ser tanto el estrago del fuego, de las ruinas y de la epidemia, que faltándole gente hasta para cubrir los puestos ordinarios, y llevada la defensa hasta donde los deberes del honor podian exigir sin rayar en infructuosa y reprehensible temeridad, pidió capitulacion (15 de febrero, 1782), que el duque de Crillon le otorgó con condiciones mas honrosas y mas suaves de lo que le prescribian las instrucciones de la corte de España. Con los honores militares salieron las tropas inglesas del castillo; Murray y los suyos quedaron prisioneros de guerra, con la condicion de ser trasladados á Inglaterra, donde no volverian á tomar las armas hasta el ajuste de la paz ó que se hiciera el cange oportuno. Hallaron los rendidos la mas afectuosa acogida en las tropas francesas y españolas. Veamos cómo se espresó el mismo Murray en su parte oficial (16 de febrero):

«Tal vez no se ha visto jamás (decia) una escena mas noble y al mismo tiempo mas trágica que el desfile de la guarnicion del fuerte de San Felipe por entre los ejércitos francés y español: componíase tan solo de seiscientos veteranos quebrantados por la edad y las fatigas, doscientos marineros, ciento y veinte artilleros, veinte hijos de Córcega y veinte y cinco de Grecia, turcos, moros, judíos, etc. Los dos ejércitos estaban formados en dos filas una frente á la otra, formando una hilera por donde pasábamos nosotros. Ascendian á catorce mil hombres, que se

»estendian desde el glasis hasta Jorge Tolon, en don-
 »de nuestros batallones entregaron sus armas, decla-
 »rando que no las entregarían mas que á Dios solo, y
 »con el consuelo de saber que los vencedores no podían
 »estar muy ufanos con la toma de un hospital. Nues-
 »tros soldados estaban á tal punto desfigurados y des-
 »conocidos, que á muchos soldados españoles y fran-
 »ceses se les escapaban las lágrimas al verlos pasar:
 »esto lo afirman el duque de Crillon y el baron de
 »Talkenhayn; pero aunque yo no lo haya notado, esta
 »compasion me parece natural. Por lo que á mí toca,
 »no tenia en aquella ocasion mas inquietud que la que
 »me daba la enfermedad funesta que nos amenazaba
 »á todos con una muerte inevitable.

«¡Bendito sea el Señor! Ya mis temores no son
 »tan grandes; la humanidad del duque de Crillon, cu-
 »yo corazon se ha conmovido al ver las desgracias de
 »hombres tan valientes, ha sobrepujado mis esperan-
 »zas y deseos; porque nada omitió de cuanto pudiera
 »contribuir á nuestro restablecimiento. Los cirujanos
 »franceses y españoles nos prestan sus auxilios en
 »nuestros hospitales, y debemos muchos favores al ba-
 »ron de Talkenhayn que mandó las tropas francesas.
 »Tambien estamos muy agradecidos al duque de Cri-
 »llon, y ninguno de nosotros podrá olvidar á estos dos
 »generales. Me atrevo á esperar que este último jó-
 »ven, lleno de ardimiento y lealtad, no volverá á man-
 »dar ejércitos contra mi soberano, porque la bondad

»y magnanimidad de su corazon igualan la superio-
 »ridad de su capacidad militar (1).»

Quando las tropas vencedoras entraron en la pla-
 za, prorumpieron los naturales de la isla en alegres
 vivas al monarca español. En toda España se hicieron
 vivas demostraciones de regocijo, por la recuperacion
 de una isla que desde la gloriosa conquista de don
 Jaime I. de Aragon habia pertenecido constantemente
 á España, que los ingleses nos habian arrebatado du-
 rante la funesta guerra de sucesion de Felipe V., que
 conquistada después por los franceses habia vuelto por
 el tratado de París al dominio de la Gran Bretaña,
 que suspiraba hacia setenta y cuatro años por volver á
 la corona de Castilla, y cuya recuperacion, asi como la
 de Gibraltar, eran los dos sueños dorados de Cár-
 los III. Este monarca recompensó el gran servicio que
 le hizo el duque de Crillon nombrándole capitán ge-
 neral, y dándole algo mas tarde la grandeza de Espa-
 ña con título de duque de Mahon. Tambien remuneró
 con mercedes y ascensos á todos los que se habian

(1) Partes y capitulacion del
 general Murray.—Diarios políti-
 cos de Hamburgo, 1782.—Gace-
 tas de Madrid de enero y febre-
 ro de 1782.—Diario de Mahon.
 —Beccatini, Historia de Cár-
 los III., libro IV.—Memorias mi-
 litares de Crillon.—Noticia de la
 expedicion hecha por España pa-
 ra la toma de la isla de Menorca
 en el año de 1781.—Memoria
 de Floridablanca.—En la Gace-
 ta del 49 de febrero se insertó

el testo de la primera capitula-
 cion propuesta por Murray, la
 respuesta de Crillon, y los arti-
 culos de la capitulacion definitiva.
 —«Relacion de las gracias que
 S. M. ha concedido en el ejército
 del mando del conde de Crillon,
 de resultas de la rendicion de la
 plaza de San Felipe en la isla de
 Menorca.» Suplemento á la Gace-
 ta del 5 de marzo, 1782.—«Noti-
 cia de los muertos, heridos, etc.»
 Suplemento á la del 8 de marzo.

distinguido en aquella gloriosa empresa. Menorca ha continuado desde entonces formando parte integrante del territorio español.

Faltaba Gibraltar, presa también de ingleses desde aquellas famosas guerras que señalaron el advenimiento del primer Borbon á España; cuya recuperación había sido objeto de tan repetidas como costosas y malhadadas tentativas; perenne motivo de desavenencias, de negociaciones, de promesas nunca cumplidas, de condiciones ó de ofrecimientos nunca aceptados entre Inglaterra y España; una de las empresas en que no había cesado de pensar un instante el patriótico celo del tercer Borbon español; cuya plaza por lo mismo tenía bloqueada hacía tres años; y que defendía con bizarría innegable lord Elliot, pero que en la situación apurada en que llegó á verse se hubiera visto acaso obligado á rendir sin el oportuno socorro del almirante Rodney, como en otro lugar dejamos referido. Recobrada Menorca, resolvió el monarca español convertir en sitio el bloqueo de Gibraltar, empleando en él las tropas y las naves que acababan de recoger los laureles del triunfo de Mahon, y con unas y otras se aumentó considerablemente así la fuerza naval como el ejército de tierra acantonado en las líneas de San Roque.

Tiempo habían tenido los ingleses para hacer mas fuerte con las obras del arte aquella formidable roca, ya harto fuerte por la naturaleza. Erizada por todas

partes de cañones, y defendida á la sazón por siete mil veteranos, con un general de corazón, entendido y experimentado, á su cabeza, no sin fundamento era tenida por inespugnable. Habíanse apurado los ingenios para inventar y discurrir proyectos, sistemas y planes diversos para ver de rendir y recuperar la terrible fortaleza, y cada cual había presentado el suyo al rey y á los ministros como el mas hacedero y aceptable.

Proponía el conde de Aranda que á la entrada de los fondeaderos se pusieran escollos artificiales, donde tropezáran los buques que iban en socorro de la plaza. El valeroso marino don Antonio Barceló aseguraba que batiendo los muros un día y otro llegaría á rendirla, siempre que se le dieran para ello lanchas cañoneras, cada una con un mortero de á placa. El almirante francés conde de Estaing era de opinion que se debería construir orilla del Mediterráneo y costeano todo lo posible el Peñon una línea de aproche con baterías de morteros, cuyas bombas pasáran por encima de la montaña y estragáran el puerto y la ciudad, y con esto y un espaldon construido muy al alcance de la plaza, y con soltar brulotes contra los navíos y arrojar bombas y balas las barcas cañoneras, no podrían los ingleses resistir acampados al raso y entre peñas. Diferente de todos estos era el sistema del director del real cuerpo de ingenieros don Silvestre Abarca, y también mas complicado, pues consistía por una parte en el

incendio y ruina de las casas y almacenes de la ciudad, no habiendo parage que se viese libre de las bombas y de los rebotes de las balas, y por otra en la destruccion de la escuadra inglesa que viniese en socorro de los sitiados por las fuerzas navales reunidas de España y Francia. Por este orden se habian presentado al gobierno otros proyectos, entre ellos uno que consistia en rellenar las bombas de una materia mefítica, y tal que al reventar asfixiara con su pestilencia á los sitiados, ó los emponzoñara, ó ahuyentara por lo menos ⁽¹⁾.

Ninguno de estos proyectos habia sido aceptado, por parecer todos, cual más cual menos, ó quiméricos y fantásticos, ó llenos de inconvenientes ó dificultades de ejecucion. Y en tanto que menudeaban planes sin ponerse en práctica ninguno, alentado lord Elliot con los refuerzos y socorros que á pesar del bloqueo recibia, se determinó á hacer salidas nocturnas contra las obras mas avanzadas de los españoles, en alguna de las cuales (26 de noviembre, 1781) logró destruir varias baterías enemigas, asi como en otras fué vigorosamente rechazado, tal como en la que hizo la noche del 27 de febrero siguiente ⁽²⁾. En este estado se halla-

(1) Hay una obra, que cita Ferrer del Rio, titulada *Sitio de Gibraltar*, en que se hallan todos estos proyectos. Otros cita tambien Bourgoing, en el tomo III. de su *Cuadro de la España moderna*.

(2) En esta pereció el coronel don José Cadalso, tan conocido en la república literaria por sus amenas producciones; «dando una nueva prueba con su ejemplo, dice otro erudito escritor español, de que no son incompatibles el

ban las cosas cuando sucedió la toma de Menorca, y se resolvió poner formal sitio á Gibraltar.

Para los ataques por tierra se reunieron en el campo de San Roque cerca de cuarenta mil hombres, que incesantemente se ocupaban en construir obras de ataque y defensa, y sostenian diarias refriegas con los de la plaza. General en jefe de todo el ejército sitiador se nombró al duque de Crillon. Para combinar las operaciones de mar con las de tierra se adoptó un nuevo plan, diferente de todos los anteriores proyectos, idea del caballero d'Arzon, ingeniero francés de gran capacidad y renombre, que recomendada de Francia por el rey, el ministerio y el conde de Aranda, y prohijada aqui por Carlos III. y su primer ministro, fué la que prevaleció, y que con el nombre de sistema de las *baterías flotantes* ha adquirido una inmortal celebridad, aunque funesta para España. Consistian las baterías flotantes en unos enormes buques de tal construccion y solidez que fuesen invulnerables á las bombas y á las balas rasas, y que al mismo tiempo que fueran invulnerables no pudieran irse á fondo. Construyéronse diez de estos gigantescos buques, y se emplearon en ellos doscientos mil pies cúbicos de madera. Sus costados tenian vara y media de espesor, y estaban defendidos por sacos de lana encajonados en-

valor y la literatura.» Era comandante de escuadron del regimiento de Borbon y ayudante de campo del general.—Gaceta de 12 de marzo, 1782.